

crítica del método positivista

## Sociología e investigación empírica

### 1

Los procedimientos reunidos bajo el nombre de sociología como disciplina académica se relacionan entre sí sólo en un sentido sumamente abstracto: todos ellos se ocupan de algún modo de lo social. Pero ni su objeto ni su método son unitarios. Algunos de estos procedimientos se dirigen a la totalidad social y a sus leyes de evolución; otros, en marcada oposición a éstos, abordan fenómenos sociales particulares, prohibiendo, por considerarla especulativa, su remisión a un concepto de sociedad. Los métodos varían en correspondencia con ello. Así, los primeros pretenden arrojar luz sobre el conjunto de la realidad social partiendo de sus condiciones estructurales fundamentales, como por ejemplo las relaciones de cambio; los segundos, por el contrario, rehúsan dicho esfuerzo, aun en el caso de que éste no pretenda en absoluto justificar lo existente desde la soberanía del espíritu, considerándolo como un resto filosófico en la evolución de la ciencia, y se conforman con la mera constatación de lo que hay. A estas dos concepciones les subyacen modelos históricamente divergentes. La teoría de la sociedad procede de la filosofía, pero al mismo tiempo trata de reorientar los planteamientos de ésta, determinando la sociedad como ese substrato al que la filosofía tradicional llamó formas eternas o espíritu. Así como la filosofía desconfió del carácter engañoso de los fenómenos y se entregó a su interpretación, la teoría de la sociedad también desconfía tanto más profundamente de la fachada social cuanto ésta más naturalmente se presenta. La teoría quiere nombrar aquello que secretamente cohesionan el engranaje social. El anhelo del

**pensamiento**, al que una vez le resultó insoportable la falta de sentido de lo que meramente es, se ha secularizado en el afán de desencantamiento. Su anhelo es levantar la roca bajo la que se incubaba la deformidad; únicamente el conocimiento de tal deformidad le garantizaría un sentido. Contra este afán se rebela la investigación sociológica de hechos. El desencantamiento, en la forma en que Max Weber todavía daba por bueno, es para ella tan sólo un modo de encantamiento; y la reflexión sobre lo que impera ocultamente, y que habría que transformar, mera pérdida de tiempo en la labor de cambio de lo manifiesto. Lo que hoy suele recibir el nombre de investigación social empírica, desde el positivismo de Comte tiene como modelo, más o menos abiertamente, las ciencias naturales. Ambas corrientes niegan tener un denominador común. Las reflexiones teóricas sobre el conjunto de la sociedad no pueden hacerse efectivas simplemente a través de hallazgos empíricos: son tan escurridizas como los espíritus en los experimentos parapsicológicos. Todas las ideas sobre la sociedad entendida como un todo trascienden necesariamente sus hechos dispersos. La construcción de la totalidad tiene como su condición primera un concepto de la cosa en torno al cual se organicen los datos dispares. Partiendo de la experiencia viva, no de la que ya está preformada por los mecanismos de control establecidos por la sociedad; del recuerdo de lo que ya se pensó una vez; de la imperturbable consecuencia de la propia reflexión, dicha construcción debe confrontar permanentemente aquel concepto con el material y volverlo a modificar en contacto con éste. Pero la teoría tampoco debe conformarse con esto, a menos que quiera incurrir en ese dogmatismo en cuyo descubrimiento se regocija un escepticismo que ha progresado hasta convertirse en prohibición del pensamiento. Debe transformar los conceptos que, por decirlo así, trae desde fuera, en conceptos propios de la cosa misma, en lo que ésta pretende ser, y confrontarlo con lo que realmente es. Debe disolver la rigidez del objeto fijado aquí y ahora, convirtiéndolo en un campo de tensión de lo posible y lo real: éstos, simplemente para poder ser, se necesitan el uno al otro. Con otras palabras, la teoría es ineludiblemente crítica. Pero, por esta misma razón, las hipótesis derivadas de ella, las predicciones de regularidades, no le son totalmente apropiadas. Lo meramente predecible es ya parte de la maquinaria social, inconmensurable con aquello a lo que apunta la crítica. La barata satisfacción de que las cosas ocurran como la teoría había previsto no puede hacer olvidar a la teoría de la sociedad que, en el mismo momento en que se presenta como hipótesis, transforma su constitución interna. La constatación particular a través de la que se verifica perte-

nece ya al contexto de ofuscación que la teoría quería penetrar. El precio de la obtención de concreción y vinculabilidad es la pérdida de fuerza intelectual; el que paga el principio por su verificación en el fenómeno es su nivelación con éste. Si, a la inversa, y conforme al uso científico generalizado, se quiere ascender a la totalidad de la sociedad partiendo de datos particulares, en el mejor de los casos se obtiene conceptos generales clasificatorios, pero jamás los que expresan la vida misma de la sociedad. La categoría «sociedad regida por la división del trabajo» es lógicamente superior, más general, que la de «sociedad capitalista», pero no más esencial, sino todo lo contrario, pues dice menos sobre la vida de los hombres y sobre lo que los amenaza, sin que por ello sea preferible una categoría lógicamente inferior como la de «urbanismo». Los niveles de abstracción sociológica no se corresponden sin más, ni por arriba ni por abajo, con su valor cognoscitivo. Por eso cabe esperar tan poco de su unificación sistemática por parte de un modelo como el «funcional» de Parsons. Pero aún menos de las promesas, hechas y aplazadas una y otra vez desde los tiempos más remotos de la sociología, de una síntesis de teoría y empiria, que equiparan incorrectamente teoría y unidad formal y no quieren entender que una teoría de la sociedad depurada de contenidos equivale a un desplazamiento de prioridades. Recuérdese cuán indiferente es recurrir al «grupo» en vez de a la sociedad industrial. La formación de teorías sociales conforme al modelo de los sistemas de clasificación sustituye aquello que prescribe su ley a la sociedad por la más exigua escoria conceptual: empiria y teoría no se dejan disolver en un *continuum*. Frente al postulado de la intuición de la esencia de la sociedad moderna, las investigaciones empíricas son cual gotas en el mar; pero las demostraciones empíricas de leyes estructurales son siempre, de acuerdo con las reglas de juego empíricas, impugnables. De lo que se trata no es de eliminar y armonizar tales divergencias: sólo una concepción armnicista de la sociedad se deja extraviar en este sentido. De lo que se trata es de desplegar fructíferamente las tensiones.

## 2

Hoy, tras la decepción causada tanto por la sociología entendida como ciencia del espíritu como por la sociología formal, impera la tendencia a conceder la primacía a la sociología empírica. A ello contribuye sin duda su inmediata aplicabilidad práctica, su afinidad con toda administración. No obstante, la reacción ante la arbitrariedad o la



la subjetividad  
secundario

estas opiniones se refleja también la objetividad social, pero siempre de forma muy incompleta y deformada. En cualquier caso, en comparación con esta objetividad, el peso de las opiniones, actitudes y reacciones subjetivas es secundario, como muestra un simple vistazo al funcionamiento de los trabajadores en sus profesiones. Por más positivamente que se presenten estos procedimientos de investigación, a todos ellos les subyace implícitamente la idea, derivada de las reglas de juego de la elección democrática y demasiado irreflexivamente generalizada, de que el conjunto de los contenidos conscientes e inconscientes de los hombres que componen un universo estadístico tendría, sin más, un carácter clave para el proceso social. Pese a su objetivización, o más bien en virtud de ésta, los métodos no penetran la objetivización de la cosa misma, particularmente los imperativos de la objetividad económica. Para ellos, todas las opiniones tienen virtualmente idéntico valor, y diferencias tan elementales como las referidas al peso de las opiniones en función del poder social, las captan simplemente a través de perfeccionamientos adicionales, por ejemplo mediante la selección de grupos clave. Lo primario se convierte en secundario. Estos desplazamientos en el interior del método, sin embargo, no son insignificantes en relación con lo investigado. Pese a toda la aversión de la sociología empírica a las antropologías filosóficas puestas en boga al mismo tiempo que ella, comparte con éstas una misma forma de considerar las cosas, como si de lo que se tratara aquí y ahora fuera ya de los hombres, en lugar de determinar a los hombres socializados de hoy como momento de la totalidad social —o, más que nada, como objetos suyos. La coseidad del método, su tendencia inmanente a asegurar hechos, es transferida a su objeto, los hechos establecidos precisamente de forma subjetiva, como si éstos fueran cosas en sí y no más bien cosificaciones. El método amenaza tanto con fetichizar lo estudiado como con degenerar él mismo en fetiche. No en vano —y con todo derecho, de acuerdo con la lógica de los procedimientos científicos de los que hablamos—, en las discusiones sobre investigación social empírica predominan las cuestiones de método sobre las de contenido. En vez de la relevancia de los temas, el criterio lo constituye a menudo la objetividad de los hallazgos que hay que establecer mediante un método; y en la actividad científica concreta, la elección de los temas y la puesta en marcha de las investigaciones se rige, cuando no por exigencias práctico-administrativas, antes por los procedimientos disponibles y, si acaso, por los que hay que perfeccionar, que por la importancia de lo investigado mismo. De ahí la absoluta irrelevancia de tantos estudios empíricos. La definición operacional o instrumental, de

U. S.  
objet  
vacc

uso generalizado en la técnica empírica, en la que, por ejemplo, una categoría como «conservadurismo» se define a través de las puntuaciones de las respuestas determinadas por la encuesta misma, sanciona el primado del método sobre la cosa y, en definitiva, la arbitrariedad de la organización científica. Se pretende investigar un tema con un instrumento de investigación cuya propia formulación decide qué es lo que hay que investigar: un círculo vicioso. El gesto de honestidad científica, que se niega a trabajar con conceptos que no sean claros y distintos, se convierte en pretexto para dejar de lado lo investigado en favor de una actividad investigadora autosuficiente. Se olvidan, con la arrogancia del ignorante, las objeciones de la gran filosofía contra la práctica de la definición<sup>1</sup>; en nombre de la exactitud científica, las ciencias irreflexivas siguen arrastrando lo que ella proscribió por considerarlo un resto escolástico. Y basta con que después, como resulta casi inevitable, se deduzcan a partir de los conceptos definidos instrumentalmente otros conceptos, aunque sólo sean los convencionalmente usuales, para que la investigación incurra precisamente en esa falta de transparencia que pretendía haber extirpado con sus definiciones.

3

El impedimento para transferir a la sociedad alegremente y sin restricciones el modelo de las ciencias naturales radica en la sociedad misma. Pero no, como pretende la ideología y como racionalizan en Alemania justamente las resistencias reaccionarias a la introducción de las nuevas técnicas, porque la dignidad humana, en cuya destrucción la humanidad se afana, se substraiga a métodos que consideran al hombre como una parte más de la naturaleza. Ofende más a la humanidad la pretensión de dominio que reprime la rememoración de su ser natural, perpetuando de este modo las ciegas relaciones naturales, que el recuerdo de esta su condición. «La sociología no es una ciencia del espíritu»<sup>2</sup>. Puesto que el endurecimiento de la sociedad reduce a los

---

<sup>1</sup> Cfr., por ejemplo, Kant, *Kritik der reinen Vernunft*, ed. Felix Gross, Leipzig, 1922 (*Sämtliche Werke*, edición Insel, vol. 3), págs. 553 y ss. [trad. esp.: *Crítica de la razón pura*, Madrid, Alfaguara, 1994]; Hegel, *Wissenschaft der Logik*, 2.ª parte, Stuttgart, 1949 (edición conmemorativa), págs. 289 y ss., págs. 292 y ss. [trad. esp.: *Ciencia de la lógica*, Buenos Aires, Hachette, 1956]; así como numerosos pasajes de Nietzsche.

<sup>2</sup> «Soziologie und empirische Sozialforschung», en *Institut für Sozialforschung. Soziologische Exkurse. Nach Vorträgen und Diskussionen*, Fráncfort del Meno, 1956, pág. 112.

hombres cada vez más a objetos y convierte su situación en «segunda naturaleza», los métodos que les hacen ver esto no constituyen sacrilegio alguno. La falta de libertad de los métodos sirve a la libertad de los hombres, al atestiguar sin palabras la falta de libertad imperante. Las reacciones de furia, y otros gestos de rechazo más refinados, desencadenadas por las investigaciones de Kinsey, son el mejor argumento en favor de éste. Allí donde, bajo la presión de la sociedad, los hombres son efectivamente degradados a las «formas de reacción de los batracios»<sup>3</sup>, convirtiéndolos en consumidores forzosos de los medios de comunicación de masas y de otros placeres reglamentados, los sondeos de opinión, que provocan la indignación de un humanismo desfalleciente, son más adecuados a la cosa que pueda serlo, por ejemplo, una sociología «comprensiva»: el substrato de la comprensión, el comportamiento humano coherente y dotado de sentido, ha sido sustituido en los sujetos por la mera reacción. Una ciencia social atomística y que a la vez, mediante la clasificación, asciende de los átomos a las generalidades, es el espejo de Medusa de una sociedad a la vez atomizada y organizada conforme a conceptos clasificatorios abstractos, los de la administración. Pero esta *adaequatio rei atque cogitationis* precisa todavía de la autorreflexión para ser verdadera. Su legitimidad es únicamente crítica. En cuanto la situación que los métodos de investigación empírica descubren y expresan se hipostatiza como razón inmanente de la ciencia en vez de convertirla en objeto del pensamiento, se contribuye, quíerese o no, a su eternización. En ese caso, la investigación social empírica toma incorrectamente el epifenómeno, lo que el mundo ha hecho de nosotros, por la cosa misma. Su aplicación presupone algo que no habría que deducir tanto de las exigencias del método cuanto del estado de la sociedad, es decir, históricamente. El método cósico postula la conciencia cosificada de sus sujetos de experimentación. Cuando un cuestionario investiga el gusto musical introduciendo la posibilidad de elegir entre las categorías «classical» y «popular», da por cierto —y con razón— que el público investigado escucha según estas categorías, del mismo modo que cuando se conecta la radio se percibe automáticamente si se ha dado con un programa de canciones de éxito, con música supuestamente seria o con la música que acompaña a un acto religioso. Pero mientras no se dé con

<sup>3</sup> Cfr. Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Dialektik der Aufklärung. Philosophische Fragmente*, Amsterdam, 1947, pág. 50. [Trad. esp.: Max Horkheimer y Th. W. Adorno, *Dialéctica de la Ilustración. Fragmentos filosóficos*, Madrid, Trotta, 1994.]

las condiciones sociales de estas formas de reacción, dicho hallazgo, que es correcto, induce también a error; sugiere que la división de la experiencia musical en «classical» y «popular» es algo último, natural. La cuestión socialmente relevante, sin embargo, comienza exactamente cuando se aborda esa escisión, su eternización como algo obvio, y de este modo trae consigo necesariamente la cuestión de si la percepción de la música bajo el *a priori* de tales divisiones no afecta acaso del modo más profundo a la experiencia espontánea de lo percibido. Solamente la comprensión de la génesis de las formas de reacción existentes y su relación con el sentido de lo experimentado podría permitir descifrar el fenómeno registrado. Pero la costumbre empírica imperante rechazaría la pregunta por el sentido objetivo de la manifestación artística, despacharía ese sentido como mera proyección subjetiva de los oyentes y privaría de sus cualidades a la obra, degradándola a simple «estímulo» de un experimento psicológico. De este modo abortaría de antemano la posibilidad de estudiar la relación de las masas con las mercancías que les impone la industria cultural; las mismas mercancías vendrían definidas por las reacciones de las masas, cuya relación con las mercancías habría que discutir. Pero, actualmente, trascender la investigación aislada sería tanto más urgente cuanto que, en virtud de la progresiva integración comunicativa de la población, la preformación de su conciencia es tan grande y completa que apenas permite ya darse cuenta de ella. Hasta un sociólogo positivista como Durkheim, que coincidía con la *social research* en el rechazo de la «comprensión», estableció correctamente un vínculo entre las leyes estadísticas, a las que también él se entregó, y la *contrainte sociale*<sup>4</sup>, viendo en ésta el criterio de la legalidad general de la sociedad. La investigación social contemporánea niega esta conexión, pero con ella sacrifica también la de sus generalizaciones con las determinaciones estructurales concretas de la sociedad. Pero si tales perspectivas son relegadas —por ejemplo, como tareas de futuras investigaciones especiales—, el reflejo científico se queda en realidad en mera duplicación, en apercepción cosificada de lo cósmico, y deforma su objeto precisamente mediante tal duplicación, convierte por arte de encantamiento lo mediato en inmediato. Para corregir esto no basta, como pensó ya Durkheim, con distinguir desde un punto de vista descriptivo entre el «ámbito de lo general» y el «ámbito de lo singular». Más bien habría que mediar la relación de ambos ámbitos, fundamentarla teóricamente. La oposición entre análisis

---

<sup>4</sup> Émile Durkheim, *Les Règles de la méthode sociologique*, París, 1950, págs. 6 y ss. [Trad. esp.: *Reglas del método sociológico*, Madrid, Alianza, 1994.]

cuantitativo y análisis cualitativo no es absoluta: no es algo último en la cosa misma. Para poder formular enunciados cuantitativos, antes es necesario hacer abstracción de las diferencias cualitativas de los elementos; y todo fenómeno social singular lleva consigo las determinaciones generales a las que se refieren las generalizaciones cuantitativas. Las mismas categorías de estas generalizaciones son siempre cualitativas. Un método que no comprenda esto y que, por ejemplo, rechace el análisis cualitativo por considerarlo incompatible con la naturaleza del ámbito de lo general, hace violencia a aquello que ha de investigar. La sociedad es una; incluso allí donde hoy todavía no alcanzan los grandes poderes de la sociedad, los ámbitos «no desarrollados» y aquellos que ya se han abierto a la racionalidad y a la uniformización introducida por la socialización mantienen entre sí una relación funcional. La sociología que no reconoce esto y se conforma con el pluralismo metodológico —al que después justifica, por ejemplo, con conceptos tan pobres e insuficientes como inducción y deducción<sup>5</sup>—, en su afán por decir lo que es, se pone al servicio de lo que es. Se convierte en ideología en sentido estricto, en apariencia necesaria. Apariencia, porque la pluralidad de métodos no logra dar con la unidad del objeto y la oculta detrás de los llamados factores en los que divide al objeto en pro de su manejabilidad; necesaria, porque el objeto, la sociedad, nada teme tanto como ser llamado por su propio nombre, y por ello, fomenta y tolera espontáneamente sólo aquellos conocimientos de sí misma en los que logra escabullirse. El par conceptual inducción y deducción es el sucedáneo científico de la dialéctica. Así como una teoría social, para ser verdadera, ha de haberse empapado del material, así el *factum* que se elabora debe traslucir ya la totalidad social en virtud del proceso que lo capta. Pero si el método lo ha convertido en *factum brutum*, después ya no podrá arrojar luz sobre él. En la rígida contraposición y complementariedad de sociología formal y ciega constatación de hechos desaparece la relación entre lo universal y lo particular, relación que anima la sociedad y que por esta razón constituye el único objeto digno de la sociología. Pero si, por el contrario, posteriormente se junta lo que ya ha sido separado, el carácter escalonado del método invierte la relación real. El celo con el que inmediatamente se vuelve a cuantificar los hallazgos cualitativos no es casual. La ciencia, en tanto que sistema coherente, quisiera borrar de la

---

<sup>5</sup> Cfr. Erich Reigrotzki, *Soziale Verflechtungen in der Bundesrepublik*, Tubinga, 1956, pág. 4.

faz del mundo la tensión entre lo universal y lo particular, cuando lo que confiere unidad a este mundo es precisamente la contradicción.

4

Este carácter contradictorio es la razón por la que el objeto de la sociología, la sociedad y sus fenómenos, no posee el tipo de homogeneidad con la que pudo contar la denominada ciencia natural clásica. En sociología no es posible ascender a enunciados de validez universal —siquiera restringida— a partir de enunciados particulares sobre hechos sociales en la misma medida en que, por ejemplo, de la observación de las propiedades de un trozo de plomo se acostumbraba a concluir las del plomo en general. La generalidad de las leyes de la ciencia social no puede entenderse en absoluto como la de un universo conceptual en el que sus partes se integran armónicamente, sino que se refiere siempre, y esencialmente, a la relación de lo universal y lo particular en su concreción histórica. Esto es lo que prueba, negativamente, la no homogeneidad del estado de la sociedad —la «anarquía» de la historia entera hasta hoy mismo—, del mismo modo que, positivamente, el momento de espontaneidad, imposible de captar mediante la ley de los grandes números. Excluir el mundo humano de la regularidad y constancia relativas de los objetos de las ciencias matemáticas de la naturaleza, o al menos de la «macrofísica», no significa exaltarlo. La naturaleza antagonica de la sociedad es fundamental, y esto es precisamente lo que la mera generalización escamotea. Es la homogeneidad, antes que su defecto, lo que requiere una explicación, pues es ella la que somete la acción humana a la ley de los grandes números. Su aplicabilidad contradice el *principium individuationis*; contradice, pese a todo, algo imposible de obviar: el hecho de que los hombres no son simples especímenes. Sus comportamientos están mediados por la razón. Ciertamente, ésta contiene en sí misma un momento de universalidad, que sin duda puede reflejarse después en la generalidad estadística; pero al mismo tiempo dicho momento está especificado por el conjunto de los intereses de cada individuo, que en la sociedad burguesa son divergentes y, pese a toda uniformización, tendencialmente opuestos; por no hablar de la irracionalidad que la sociedad impone y reproduce en los individuos. Sólo la unidad del principio de una sociedad individualista unifica los intereses dispares de los individuos como su «opinión». Ciertamente, la fórmula hoy tan extendida del átomo social expresa adecuadamente la impotencia del individuo fren-

te al todo, pero esta fórmula no pasa de ser una metáfora comparada con el concepto científico-natural de átomo. La igualdad de las unidades sociales mínimas, los individuos, incluso ante la pantalla de televisión, no puede sostenerse seriamente con el mismo rigor como en relación con la materia fisicoquímica. La investigación social empírica, sin embargo, procede como si tomara al pie de la letra la idea de átomo social. Su relativo éxito en el uso de esta fórmula dice algo crítico sobre la sociedad. Las leyes generales, que privan de sus cualidades a los elementos estadísticos, prueban que lo universal y lo particular no están reconciliados, que en la sociedad individualista el individuo está sometido ciegamente a lo universal, que él mismo está privado de cualidades. La fórmula del «carácter como máscara» social señaló ya este hecho; el empirismo actual lo ha olvidado. La uniformidad del comportamiento social es fundamentalmente el reflejo de la presión social. Si la investigación social empírica, en su concepción del ámbito de lo general, puede pasar tan soberanamente por encima de la individuación, es únicamente porque, hasta ahora, ésta no ha sido más que ideología, pues los hombres todavía no son verdaderamente tales. En una sociedad liberada, la estadística sería positivamente lo que hoy es negativamente, a saber, una técnica de administración, pero de la administración de las cosas, de los bienes de consumo, no de los hombres. Pese a su funesto anclaje en la estructura social, la investigación social empírica debería ser capaz de autocrítica, pues las generalizaciones que obtiene no pueden atribuirse sin más a la cosa misma, el mundo estandarizado, sino también a su método, en el que la misma generalidad de las cuestiones que plantea a los individuos o su limitada selección —las «cafeteria questions»— preforma de tal modo lo investigado —por ejemplo, las opiniones que hay que indagar— que lo convierte en átomo.

## 5

Comprender la no homogeneidad de la sociología en tanto que agregado de ciencias y, por lo tanto, la divergencia categorial, no solamente gradual y salvable a voluntad, existente entre disciplinas como a teoría de la sociedad, el análisis de relaciones e instituciones sociales objetivas y la investigación social en sentido estricto —de orientación objetiva—, no significa necesariamente conformarse con la estéril separación de dichas disciplinas. Ciertamente, no hay por qué respetar la exigencia formal de unidad de una ciencia que lleva en sí misma las huellas de una arbitraria división del trabajo y que no puede pretender

acceder aproblemáticamente a preciadas totalidades cuya existencia social es absolutamente dudosa. Con todo, la vinculación crítica de métodos sociológicos dispares es exigida materialmente por la meta misma del conocimiento. Frente a la trabazón específica de la teoría social con intereses sociales particulares, un correctivo como el que ofrecen los métodos de investigación empírica es saludable, por mucho que éstos estén también ligados, desde el punto de vista de su estructura «administrativa», a intereses particulares. Hay una enorme cantidad de enunciados teórico-sociales —mencionemos solamente, a título de prueba, los de Max Scheler sobre las formas típicas de conciencia de la clase inferior<sup>6</sup>— que podrían contrastarse y quedar refutados mediante investigaciones rigurosas. E inversamente, la *social research* ha de confrontarse con la teoría y conocer las formaciones sociales objetivas, a menos que quiera condenarse a la irrelevancia o condescender ante consignas apologéticas como las hoy tan populares sobre la familia. La *social research*, en su aislamiento, se torna falsa tan pronto como desea suprimir la totalidad considerándola como un prejuicio metafísico, por el hecho de que ésta se subtrae por principio a sus métodos. Cuando así lo hace, la ciencia claudica ante el mero fenómeno. Tabuizando la pregunta por la esencia como una ilusión, como algo que su método es incapaz de resolver, los plexos esenciales —aquello verdaderamente importante en la sociedad— se protegen *a priori* del conocimiento. Ocioso es preguntar si estos plexos esenciales son «reales» o si, por el contrario, son puras formaciones conceptuales. Quien atribuye carácter conceptual a la realidad social no tiene por qué temer la objeción de idealismo. Y no me refiero tanto a la constitución conceptual del sujeto cognoscente como a la que impera en la cosa misma: en la doctrina de la mediación conceptual de todo cuanto es, Hegel ha apuntado también a algo decisivo desde el punto de vista de la realidad. La ley que guía el fatal destino de la humanidad es la del intercambio. Pero esta ley no es pura inmediatez, sino algo conceptual: el acto de cambio implica la reducción de los bienes intercambiados a su equivalente, algo abstracto, en modo alguno, como suele decirse, material. Esta mediación conceptual, sin embargo, no es en absoluto una simple generalización de expectativas promedio, una fórmula introducida extrínsecamente por la ciencia fundadora de orden, sino que la so-

---

<sup>6</sup> Cfr. Max Horkheimer, *Ideologie und Handeln*, en Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Sociologica II. Reden und Vorträge*, Fráncfort del Meno, 1962, págs. 41 y ss. [Trad. esp.: «Ideología y acción», en Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, *Sociologica*, Madrid, Taurus, 1979, págs. 43 y ss.]

ciudad misma se rige por ella, siendo también la que procura el modelo objetivamente válido de todo lo que de esencial ocurre en la sociedad, un modelo independiente tanto de la conciencia del individuo sometido a ella como de la conciencia del investigador. Podría decirse que, frente a la realidad corpórea y a los sólidos datos, esta esencia conceptual es apariencia, porque el cambio de equivalentes es verdad y, al mismo tiempo, no lo es. Pero no es apariencia en el sentido de que fuera producto de la sublimación de lo real por parte de la ciencia en su función de ordenación de la realidad, sino que es inmanente a ésta. Decir que las leyes sociales son irreales es legítimo únicamente si se hace con una intención crítica, con referencia al carácter fetichista de la mercancía. El valor de cambio, que frente al valor de uso es algo meramente pensado, domina las necesidades humanas y las suplanta; la apariencia domina la realidad. En esta medida, la sociedad es el mito y su clarificación racional es tan perentoria hoy como ayer. Pero, al mismo tiempo, esa apariencia es lo más real, la fórmula con la que el mundo quedó hechizado. Su crítica nada tiene que ver con la crítica positivista de la ciencia, según la cual la realidad objetiva del cambio no ha de entenderse verdaderamente como algo real, cuando en verdad es precisamente la realidad la que corrobora permanentemente su validez. Si el empirismo sociológico aduce que la ley no es algo realmente existente, señala involuntariamente algo de la apariencia social ínsita en la cosa, pero lo achaca incorrectamente al método. Es justamente el pretendido antiidealismo científico el que termina por contribuir a la pervivencia de la ideología. Ésta habría de ser inaccesible a la ciencia, pues no es un *factum*; pero nada hay más poderoso que la mediación conceptual, que presenta engañosamente a los hombres el ser para otro como ser en sí y les impide tomar conciencia de las condiciones en las que viven. Tan pronto como la sociología se cierra al conocimiento de esta realidad, resignándose a registrar y ordenar lo que ella llama *factum*, y confunde las reglas que obtiene con la ley que rige los hechos mismos y su acontecer, se convierte; aun sin saberlo, en justificación. En las ciencias sociales, a diferencia de lo que ocurre en las ciencias naturales, no puede avanzarse desde la parte al todo, pues en ellas el momento conceptual del todo tiene una lógica que nada tiene que ver con la unidad de notas común a los elementos particulares, y este todo, precisamente en virtud de su mediación conceptual, tampoco tiene nada en común con esas «totalidades» y formas que se presentan siempre como algo inmediato; la sociedad se asemeja antes a un sistema que a un organismo. La investigación empírica que, rehusando la teoría, se limita a operar con meras hipótesis, es ciega ante la so-

ciudad como sistema, que constituiría su objeto más propio, porque este objeto no es igual a la suma de las partes, porque no las subsume en sí mismo, ni se asemeja a un mapa con sus países y fronteras, con sus «tipos y costumbres». La sociedad no es un atlas social, ni en sentido literal ni en sentido figurado. Puesto que la sociedad no se reduce a la vida inmediata de sus miembros ni a los hechos subjetivos y objetivos relacionados con ella, toda investigación que se limite a describir esas formas de inmediatez yerra el blanco. Pese a la cosificación del método y justamente en virtud de tal cosificación, el ídolo de lo constatable, la investigación empírica introduce una apariencia de vida, una especie de cercanía del cara a cara, cuya disolución no sería precisamente la tarea más irrelevante del conocimiento social, si no fuera porque dicha apariencia fue disuelta hace ya mucho tiempo. Pero esta tarea es hoy reprimida. La culpa la tienen igualmente la exaltación metafísica del *Dasein* y la tozuda descripción de lo que es el caso. Pero, por otra parte, la práctica concreta de la investigación sociológica ni siquiera se corresponde con su propio reconocimiento de la necesidad de las hipótesis. Aunque se concede, de mala gana, su necesidad, se desconfía de cada una de ellas, pues podrían convertirse en «bias», menoscabar la objetividad de la investigación<sup>7</sup>. A esta concepción le subyace una «teoría residual de la verdad», según la cual ésta sería lo que queda tras restar el añadido supuestamente subjetivo o, por decirlo así, los costes de producción. Las ciencias sociales todavía no han asimilado la idea, familiar a la psicología desde Georg Simmel y Freud, de que la validez de la experiencia, en la medida en que su objeto —la sociedad en este caso— está esencialmente mediado por la subjetividad, aumenta con la participación subjetiva del sujeto cognoscente, y no al contrario. Tan pronto como se suspende el sano sentido común en favor del gesto responsable del investigador, se recurre a procedimientos que prescindan en lo posible de hipótesis. La investigación social empírica debería deshacerse totalmente del prejuicio de que la investigación habría de comenzar como una *tabula rasa* en la que ir disponiendo los datos hallados sin partir de supuesto alguno, y naturalmente debería acordarse de las controversias epistemológicas mantenidas durante tanto tiempo, que la conciencia disneica olvida demasiado fácilmente apelando a las urgentes exigencias técnicas. A la ciencia escéptica le convendría ser escéptica ante su propio ideal ascético. La idea de

---

<sup>7</sup> Cfr., por ejemplo, René König, «Beobachtung und Experiment in der Sozialforschung», en *Praktische Sozialforschung*, Colonia, 1956, II, pág. 27.

que un investigador necesitaría un 10% de inspiración y un 90% de transpiración, que tanto gusta de citarse, es servil y su objetivo es prohibir el pensamiento. Hace ya tiempo, el abnegado científico respondía principalmente a un trabajo mal pagado renunciando a los pensamientos, de los que de todos modos carecía. Hoy, cuando el jefe de oficina, mejor pagado, ha sucedido al científico, la falta de espíritu no solamente se celebra como virtud de quien se integra modesta y armoniosamente en un *team*, sino que además se institucionaliza normando el curso de la investigación, que apenas conoce ya la espontaneidad del individuo más que como factor perturbador. Pero la antítesis entre sublime inspiración y concienzudo trabajo de investigación es absurda. Las ideas, aunque surjan repentinamente, no caen del cielo, sino que cristalizan a través de largos procesos subterráneos. Lo súbito de lo que los técnicos de *research* llaman despectivamente intuición representa la erupción de la experiencia viva a través de la endurecida costra de la *communis opinio*; es el respiro de lo que se opone a ésta, y no privilegiados instantes de gracia, lo que permite al pensamiento no reglamentado ese contacto con la realidad esencial que suele ser irremediabilmente sabotado por el hipertrofiado aparato que se interpone entre ellos. Inversamente, el celo científico es también siempre, al mismo tiempo, trabajo y esfuerzo del concepto, lo contrario de ese proceder mecánico y ciego con el que se lo identifica. La ciencia sería: descubrir la verdad y la falsedad de lo que el fenómeno considerado pretende ser por sí mismo; y no hay conocimiento que, en virtud de la distinción entre lo verdadero y lo falso que le es inmanente, no sea al mismo tiempo crítico. Sólo una sociología que dinamizara las petrificadas antítesis de su organización se recobraría a sí misma.

## 6

La diferencia categorial entre las disciplinas queda confirmada por el hecho de que, hasta hoy, pese a los intentos aislados, no se ha conseguido aquello de lo que verdaderamente se trataría, a saber: conectar las investigaciones empíricas con planteamientos teóricos fundamentales. El requisito más modesto de la investigación social empírica y, al mismo tiempo, el más plausible —en el sentido de la crítica inmanente y también de acuerdo con las reglas de juego de la «objetividad»—, sería confrontar todos sus enunciados sobre la conciencia y el inconsciente de los hombres y de los grupos humanos con los datos objetivos que probaran su existencia. Lo que en el ámbito de la investigación social se considera meramente accidental, simple *background study*,

constituye la condición de posibilidad para dar con lo esencial. Inevitablemente, de entre todos esos datos, la investigación empírica comenzará primando los relacionados con las opiniones, los sentimientos y los comportamientos subjetivos de los individuos estudiados, pero estas mismas relaciones llegan tan lejos que, en verdad, dicha confrontación no debería conformarse con el conocimiento de determinadas instituciones aisladas, sino que habría de recurrir a la estructura de la sociedad: la dificultad categorial no se soslaya comparando determinadas opiniones y determinadas condiciones. Pero, incluso bajo esta seria restricción, los resultados de los sondeos de opinión adquieren un valor distinto tan pronto como se los mide con la realidad a la que las opiniones se refieren. Las diferencias así extraídas entre la objetividad social y la conciencia de esa objetividad, sea cual sea su grado de generalización, representan para la investigación social empírica un paso adelante en el conocimiento de la sociedad: en el conocimiento de las ideologías, de su génesis y de su función. Tal conocimiento sería sin duda el objetivo más propio, aunque ciertamente no el único, de la investigación social empírica. No obstante, tomado aisladamente, no tiene autoridad sobre el conocimiento de la sociedad: las mismas leyes del mercado, en cuyo sistema se integra irreflexivamente, todavía son simple fachada. Así, por ejemplo, aunque una encuesta indicara con una evidencia estadística aplastante que los trabajadores ya no se tienen a sí mismos por trabajadores y niegan que siga habiendo algo así como el proletariado, esto no constituiría una demostración de la inexistencia del proletariado. Esos datos subjetivos deberían más bien compararse con datos objetivos, como por ejemplo el lugar de los encuestados en el proceso de producción, su posesión o no de los medios de producción, su poder o impotencia sociales. Naturalmente, en esta comparación los datos empíricos sobre los sujetos conservarían su relevancia. No simplemente habría que preguntar, al modo de la doctrina de las ideologías, cómo se han producido tales contenidos de conciencia, sino también si su existencia no ha modificado esencialmente la objetividad social. Sólo el dogmatismo más delirante podría desatender la naturaleza y la autoconciencia de los hombres que en ellos se manifiesta, por más que éstas estén producidas o reproducidas socialmente. La existencia de dichos contenidos de conciencia es también un momento de la totalidad social, bien como elemento de afirmación de lo existente, bien como potencial de la otra realidad. No sólo la teoría, también su ausencia se transforma en poder material tan pronto como apresa a las masas. La investigación social empírica es capaz de corregir esto no sólo porque impide ciegas construcciones teó-

ricas realizadas desde arriba, sino también desde el punto de vista de la relación entre esencia y fenómeno. Si la teoría de la sociedad debe relativizar críticamente el valor cognoscitivo del fenómeno, la investigación empírica, por su parte, debe impedir la mitologización del concepto de ley esencial. El fenómeno es siempre manifestación de una esencia, no mera apariencia. Sus transformaciones no son irrelevantes en relación con la esencia. Si efectivamente nadie supiera ya que es un trabajador, este hecho afectaría a la constitución interna del concepto de trabajador, aun cuando su definición objetiva —su separación de los medios de producción— conservara su validez.

La investigación social empírica no puede eludir la realidad de que todos los hechos estudiados por ella, los subjetivos no menos que los objetivos, están mediados por la sociedad. Lo dado, los hechos con los que da y que, conforme a sus métodos, considera como algo último, no son verdaderamente nada último, sino algo condicionado. Por eso no debe confundir lo que constituye la base de su conocimiento —lo dado, que su método se esfuerza por alcanzar— con la realidad, con el ser en sí de los hechos, con su inmediatez sin más, con su carácter de fundamento. Pero puede librarse de esta confusión haciendo más sofisticados sus métodos y disolviendo la inmediatez de los datos. De ahí la importancia fundamental de los análisis motivacionales. Evidentemente, éstos apenas pueden apoyarse en preguntas directas, y las correlaciones muestran siempre relaciones funcionales, pero no explican dependencias causales. Ésta es la razón por la que el desarrollo de métodos indirectos ofrece esencialmente a la investigación social empírica la oportunidad de ir más allá de la mera constatación y tratamiento estadístico de hechos superficiales. Pero la dificultad epistemológica para su autocrítica sigue estribando en que los hechos registrados no reflejan fielmente la realidad social subyacente, sino que al mismo tiempo son el velo tras el que ésta se oculta de forma necesaria. Así pues, en relación con los resultados de lo que no por casualidad se llama «sondeo de opinión», es válido el juicio sobre la opinión pública que Hegel expresa en la *Filosofía del derecho*: según él, ésta merece tanto que se la aprecie como que se la menosprecie<sup>8</sup>. Que se la aprecie,

<sup>8</sup> Hegel, *Grundlinien der Philosophie des Rechts*, ed. Georg Lasson, Leipzig, 1921, § 318, pág. 257. [Trad. esp.: *Principios de filosofía del derecho*, Barcelona, Edhasa, 1988.]

porque también las ideologías, en tanto que conciencia necesariamente falsa, son parte de la realidad social, que ha de conocer quien quiera conocer esta realidad. Pero que se la menosprecie: que se someta a crítica su pretensión de verdad. La investigación social empírica se convierte en ideología tan pronto como absolutiza la opinión pública. El responsable de este extravío es un concepto nominalista e irreflexivo de verdad, que introduce erróneamente la *volonté de tous* como la verdad sin más porque no se dispondría de otro. Esta tendencia está particularmente acentuada en la investigación empírica americana. No obstante, a ésta no habría que contraponer dogmáticamente una *volonté générale* como la verdad en sí —por ejemplo, postulando «valores». Esta forma de proceder seguiría adoleciendo de la misma arbitrariedad que la instauración de la opinión generalizada como lo objetivamente válido: desde Robespierre, la imposición por decreto de la *volonté générale* ha causado, si cabe, más desastres históricos que la adopción irreflexiva de la *volonté de tous*. Esta funesta alternativa sólo podría evitarse con el análisis inmanente, examinando la verdad o falsedad de la opinión y de su relación con la cosa, no oponiendo abstractamente a la opinión lo objetivamente válido. La opinión no ha de rechazarse con arrogancia platónica, hay que deducir su falsedad a partir de la verdad: a partir de la realidad social subyacente, y en última instancia a partir de la falsedad de esta realidad. Pero, por otra parte, la opinión media no es ningún índice de la verdad, sino de la apariencia social media. De ésta son parte los encuestados mismos, los sujetos, que la investigación social irreflexiva considera como su *ens realissimum*. Su propia naturaleza, su ser sujetos, depende de la objetividad, de los mecanismos a los que obedecen, y que constituyen su concepto. Pero éste sólo puede determinarse captando en los mismos hechos la tendencia que lleva más allá de ellos. Ésta es la función de la filosofía en la investigación social empírica. Si esta función se omite o se frena, si lo único que se hace es reproducir los hechos, esta reproducción es al mismo tiempo un falseamiento ideológico de los hechos.

1957